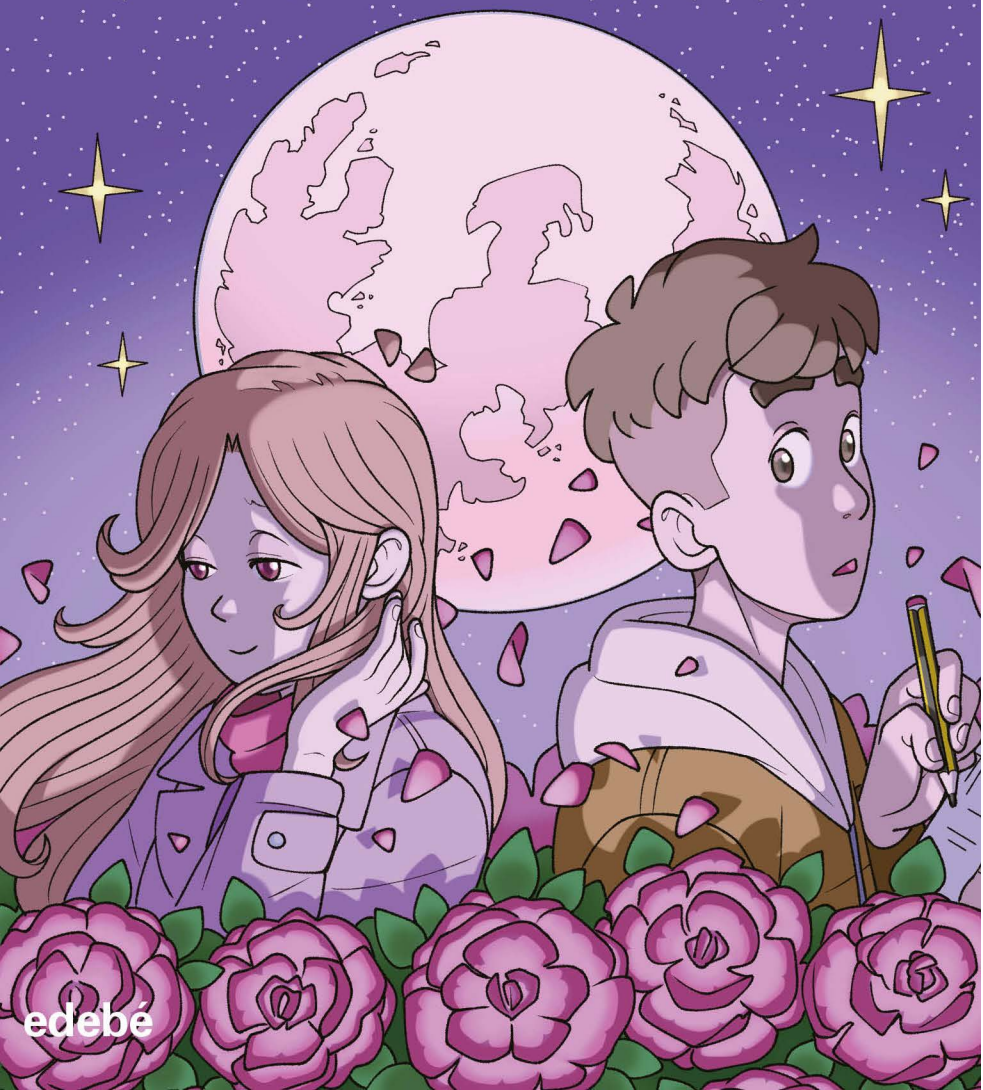


El mapa de los imposibles

DANIEL HERNÁNDEZ CHAMBERS





El mapa de los imposibles

DANIEL HERNÁNDEZ CHAMBERS

El mapa de los imposibles

Ilustraciones de Álex Giménez

edebé

Obra finalista del Premio Edebé de Literatura Infantil XXXI edición

© Texto: Daniel Hernández Chambers, 2024

Autor representado por Silvia Bastos, S.L., Agencia Literaria

© Ilustraciones: Álex Giménez, 2024

© Ed. Cast.: Edebé, 2024

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia

Coordinadora de Producción: Elisenda Vergés-Bo

Diseño de la colección: Book & Look

ISBN: 978-84-683-7203-7

Queda terminantemente prohibido cualquier uso de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. El autor y el editor se reservan todos los derechos de licencia de uso de esta obra para dicho fin y para el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Capítulo uno

La puerta se abrió con un chirrido exagerado, de grillo desgañitándose, y en el umbral se recortó una figura monstruosa: vestía una camisa larga de cuadros y unos pantalones vaqueros gastados y rotos por las rodillas, todo con diversas manchas de lo que parecía sangre seca. Su brazo izquierdo colgaba inmóvil, sin fuerza, como inútil, y la manga derecha de la camisa estaba vacía. Aquel hombre parecía recién salido de una trinchera, del frente de una guerra perdida; no solo era manco, sino que su cara estaba destrozada por varias heridas abiertas que supuraban pus. El blanco de sus ojos ya no era blanco, era rojo. Abrió la boca, pero lo primero que salió de ella fue un borboteo, como si le supusiera un grandísimo esfuerzo hablar.

Sin querer, todos retrocedimos hacia el hueco de las escaleras. Allí, apelotonados en el rellano, éramos presa fácil.

—Lo... siento, jóvenes —empezó a decir, con una voz ronca y profunda—. No tengo..., no tengo... caramelos..., pero puedo... ofreceros a cada un... un... a cada uno un... pedazo... de mi corazón.

Y, entonces, algo palpitó en su pecho. Su camisa se abrió y una mano, temblorosa y ensangrentada, apareció sujetando un pequeño cuenco de plástico con gominolas y bombones.

La tonta de Josefina soltó un chillido y huyó a la carrera escaleras abajo. Los demás se rieron y se abalanzaron sobre los dulces; alguno incluso se atrevió a felicitar al monstruo por su disfraz y su actuación. Yo me quedé con la boca abierta.

Cuando los otros se retiraron, el zombi se percató de que no había cogido nada y me ofreció el cuenco.

—Coge uno, campeón —me dijo. Ahora con voz normal.

Obedecí, pero continué clavado al suelo hasta que Nando tiró de mí hacia la escalera. La puerta del quinto se cerró a mi espalda, con una carcajada y un «feliz Halloween».

—¿Qué te pasa, Jandro? —me preguntó Nando—. ¿De verdad te ha dado miedo?

—No, no es eso.

—Claro, claro —murmuró él, sin creermelo—. ¡Estás más pálido...!

—¡Qué dices! —protesté—. Lo que pasa es que...

Pero Nando ya bajaba de dos en dos las escaleras en pos del resto del grupo, sin prestarme atención. Todavía quedaban bloques que asaltar en la urbanización.

Lo que había pasado era que, detrás de aquel monstruo, bueno, de aquel tipo disfrazado, yo había vislumbrado otra figura. La de una chica de mi edad, más o menos, apoyada contra el quicio de la puerta del salón, observando nuestra reacción. No había sido

el disfraz lo que me había inmovilizado y me había hecho quedarme con la boca abierta como un idiota: ¡había sido ella!

Y eso que no la había visto bien, porque dentro del apartamento tenían las luces apagadas.

¿Por qué mi corazón latía de esa forma, como una manada de caballos desbocados?

Capítulo dos

Se llamaba Rosa. De eso me enteré gracias a Josefina, el mejor ejemplo de que los hijos nos parecemos a los padres. Josefina era su madre en miniatura. Y si su madre sabía al detalle lo que sucedía en la ciudad entera y alrededores, además de los pormenores de la vida de los famosos que salían en la tele y las revistas, ella dominaba como nadie lo que ocurría en la urbanización, las calles más cercanas y, por supuesto, el colegio, incluidos los profesores.

Me contó que la familia de Rosa se había mudado hacía dos semanas; por eso yo no me había fijado en ella hasta ahora.

El que nos había abierto la puerta disfrazado de muerto viviente era su hermano mayor. Bueno, hermanastro, subrayó Josefina con

tono confidencial. Por eso se llevaban tantos años de diferencia.

Como fuente de información, Josefina no tenía precio. Para mí era un auténtico misterio cómo podía almacenar tantos datos de tantas personas distintas en su pequeña cabeza de rizos rubios. Se la veía disfrutar cuando tenía algo que contar y ninguno de los demás estábamos al corriente, lo cual pasaba bastante a menudo. Y si los otros habíamos oído rumores, ella conocía todos los detalles. Todos. Era un sinónimo con piernas de las palabras *omnipresente* y *omnisciente*. Iba para espía, o, al menos, periodista.

No era mala chica, pero a mí me ponía un poco nervioso, pues era muy dada a los suspiros dramáticos, las miradas de superioridad y las expresiones más propias de una persona adulta.

En los meses que siguieron, sin embargo, mi opinión sobre ella iba a cambiar. Y mucho.